

Las Jaulas Abandonadas

Octavio Monti



Capítulo 1

Las Jaulas Abandonadas

El reflejo del agua cargó las penas olvidadas tiempo atrás. Los ecos de capital silenciosa se deslizaban moribundos río abajo, perdiéndose en la voracidad de la selva. Las viejas catedrales de piedra, las pasarelas donde desfilaban las bestias traídas por los expedicionarios, los grandes foros de comercio, las estatuas de dioses esculpidas por manos esclavas; todo aún conservaba una triste llama de vida que se consumía en fantasmales noches de Luna llena.

Los primates, antes repudiados como plaga, ahora correteaban libres por los edificios; sus gritos resonaban eufóricos sobre los tejados, alejados de los jaguares que moraban por las calles.

Las calaveras de diamante, los hombres león de arcilla, los collares de gemas transparentes que adornaban los bustos de deidades y santos, permanecían resguardados en aquellos cajones de piedra que los sacerdotes habían abierto una y otra vez.

Bandadas de pájaros multicolores anidaban en las fabulosas torres de astronomía, empollando sus huevos entre telescopios y cartas astrales. Un olvidado cilindro aún apuntaba hacia la trayectoria de un cometa que se alejaba del mundo, dejando tras de sí una estela de color perverso.

Los carroñeros circundaban el fantástico zoológico devenido en cementerio tras la prolongada inanición de sus huéspedes. El cadáver del saurio rojo aún permanecía intacto; parecía una muestra de respeto de las bestias hacia su viejo rey.

En las recámaras de señores nobles se preservaba el orden gracias a los fuertes inciensos que auyentaban a las criaturas. Los trajes multicolores del festival de la sangre reposaban intactos, aunque inexorablemente las pulgas y demás insectos devorarían las telas.

La jungla, impasible, saboreaba su regreso; mientras, el nombre de aquella especie condenada se perdía para siempre.